

Gracias por viajar con nosotros

Hank nunca había visto su laboratorio completamente vacío. Normalmente estaba ocupado por una máquina de varios cientos de toneladas a la que había dedicado los últimos 10 años de su vida. Dicha máquina, contradiciendo toda la física que había estudiado a lo largo de su vida, había desaparecido sin dejar rastro alguno. Ahora era cuestión de un minuto saber si cientos de millones de dólares en tecnología punta habían quedado perdidos en el tiempo.

No era una espera precisamente agradable. Sabía que se había saltado todos los procedimientos al hacer esa prueba y que debería haber informado a sus colegas sobre sus avances en el dispositivo de transporte temporal hacía meses. Si cualquiera de ellos entrara en ese momento en la habitación, Hank tendría sus pertenencias en una caja de cartón antes de que acabase el día.

Por supuesto, no era tan idiota como para jugarse su carrera a una sola carta, ya había logrado el viaje temporal con anterioridad, si bien a una escala mucho menor. En la cochera de su casa guardaba un objeto metálico parecido a un arcón capaz de transportar 1 kg de materia en el tiempo. El modo con el que había descubierto que el aparato funcionaba pasaría sin duda a la historia de la ciencia.

Hank no tenía ningún problema en admitir que era un hombre obsesionado con su trabajo. En su despacho había un viejo sofá en el que dormía unas pocas horas las noches en que decidía permanecer trabajando. Dos meses antes, absorbido por un bache en su investigación especialmente irritante, había decidido llevar esta manía hasta el borde de lo patológico permaneciendo una semana sin salir del centro de investigación.

Cuando llegó el domingo siguiente a su casa, cansado y molesto por no haber logrado el más mínimo avance, se dio cuenta de que había olvidado dejar agua y comida a su gato. Entró corriendo en su casa rogando que no fuera demasiado tarde, sólo para encontrarse al animal en perfecto estado esperándole en la puerta.

En medio del salón se encontraba un pequeño aparato que reconoció como una versión en miniatura de la máquina en la que trabajaba, que había construido con piezas descartadas en sus ratos libres. En su interior descansaban dos tazones (uno con agua y otro con comida para gatos) que se encontraban casi vacíos. Hank tardó cinco minutos en entender qué había ocurrido, tras lo cual bajó corriendo al sótano.

En su mesa de trabajo se encontraba la versión incompleta de la máquina que había encontrado arriba, tal y como la había dejado la última vez que había trabajado en ella. Hasta ahora no había logrado ningún progreso con el prototipo, pero Hank sabía que aquella vez sería diferente. Y no se equivocaba, tras una larga noche de trabajo el dispositivo estaba terminado.

Subió el aparato hasta su salón y lo colocó en el sitio exacto donde había encontrado su copia. A continuación, puso en su interior un cuenco con comida para gatos y otro con agua e introdujo en el lector de destino la fecha correspondiente a la semana anterior. Tras finalizar la secuencia de activación, la caja desapareció, rumbo al pasado.

Aquella experiencia no sólo le mostró a Hank que el viaje en el tiempo era posible, sino que le dio una información valiosísima sobre la naturaleza de su funcionamiento. Todos los viajes al pasado que se realizasen en los años sucesivos ya habían afectado a la historia. Por consiguiente era imposible que un viaje en el tiempo cambiase de algún modo la línea temporal, ya que dicho viaje ya estaba incluido en esa línea desde el principio de los tiempos. El viaje al pasado era, por consiguiente, totalmente inocuo para la humanidad.

Saber esto despertó una parte de Hank que hasta el momento ni él mismo sabía que existía. Una insaciable sed de aventura ¿Y si usase su máquina del tiempo para viajar a lugares donde ningún

humano había puesto jamás el pie? ¿Qué mejor forma de mostrar al mundo su descubrimiento que traer especímenes vivos de animales sólo conocidos por el hombre en forma de fósiles?

Pero por supuesto, todo aquello no eran más que fantasías. En cuanto sus superiores se enterasen de que la máquina del tiempo funcionaba, lo que le encargarían sería una multitud de pruebas con distintos objetos y animales. Los inversores no se arriesgarían a perder a un científico de su categoría en un accidente. Lo más probable es que para cuando llegase a emplear la máquina hubiesen transcurrido décadas, y que se tratase de un acto puramente ceremonial y controlado.

Ante él se abría la posibilidad de convertirse en el primer explorador temporal, una leyenda que sería narrada durante generaciones. Un personaje a la altura de Marco Polo o de Livingsgtone. Lo único que debía hacer para lograrlo era ocultar el incidente ocurrido en su salón y encargarse de poner en marcha el modelo del centro de investigación sin que nadie más se enterara. Después de todo, a ojos de sus compañeros todavía serían necesarias décadas para lograr cualquier tipo de resultado significativo.

Y entonces, el monstruo metálico volvió a aparecer, sacando a Hank de sus pensamientos. El hombre notó cómo las lágrimas se le comenzaban a formar en los ojos. Lo había conseguido. Pronto sería el primer viajero en el tiempo de la historia.

Convencido de su plan, Hank dedicó los siguientes meses a prepararse para la expedición. Había decidido realizar una estancia de un mes en el Cretácico, durante la cual se dedicaría a recoger muestras y filmar la flora y fauna de la época. No obstante, era consciente de que un ratón de biblioteca como él no duraría en esas condiciones ni diez minutos.

Por ello se impuso un estricto régimen de ejercicio para mejorar su resistencia. A su vez, conforme iba adquiriendo unas capacidades físicas dentro de la media, decidió apuntarse a clubes de acampada, que poco a poco fue sustituyendo por grupos de aficionados a la exploración y la supervivencia. Al cabo de un año creía saber lo suficiente como para sobrevivir en la jungla durante varios días sin agua o provisiones.

Al mismo tiempo dedicó dinero del proyecto a hacerse con los instrumentos que necesitaría. Compró una tienda de campaña, provisiones, cámaras, jaulas y todo tipo de útiles. También adquirió un rifle de dardos sedantes y aprendió a dispararlo. Todo era guardado en su garaje, a la espera del día de la partida.

El proceso de preparación llevó en torno a un año y medio. Guardar el secreto del funcionamiento de la máquina durante tanto tiempo no fue una tarea fácil. Presionó para que sus compañeros más brillantes fueran llevados a otros proyectos y se dedicó a sustituirlos por científicos con una preparación pobre en física. Mientras tanto, contentaba a sus patrocinadores revelando pequeños logros de modo que se disimulase el hecho de que prácticamente nunca acudía a trabajar. Llegó a mostrar que la máquina era capaz de transportar un átomo de hidrógeno un nanosegundo al futuro.

Cuando finalmente se decidió a partir, decidió hacerlo la mañana de un sábado. Sabía que era muy probable que el siguiente lunes sus compañeros se encontrasen con que él y la máquina habían desaparecido de la faz de la tierra; por lo que dejó sus cuadernos de laboratorio con las instrucciones para replicar el aparato, así como un breve testamento. Rezó porque nadie tuviera nunca la necesidad de leerlo.

Acomodó todo su material de expedición en la cabina de la máquina y se dio cuenta, demasiado tarde, de que ésta carecía de cualquier tipo de asiento de seguridad. Resignado, se sentó en una de las cajas de provisiones.

Tras introducir en el dispositivo la fecha relativa de -125 millones de años sintió un intenso miedo repentino. Había demasiadas cosas que podían salir mal. No tenía ni idea de a qué clase de terreno llegaría, quizás hasta apareciese en mitad de un lago. Y aun apareciendo donde esperaba, si sus

cálculos eran erróneos y la máquina se quedaba sin combustible, no tendría forma posible de regresar al presente. Todo aquello era una locura, prácticamente un suicidio.

¿Pero acaso no se podía decir lo mismo de todas las grandes aventuras? El propio Colón hubiera muerto de inanición en mitad del océano de no haber existido América. Y mientras Admunsen celebraba su victoria, Scott y sus hombres morían congelados. Sólo aquellos con el valor suficiente para poner su vida en juego tienen la posibilidad de llegar hasta donde nunca nadie lo ha hecho.

Sintiendo que recobraba el ánimo, observó cómo la cuenta regresiva en el panel llegaba a cero. En aquel instante, un intenso zumbido inundó la cámara y Hank comenzó a notar una molestia que rápidamente se transformó en un intenso dolor. Desde cada punto de su cuerpo llegaba la señal de que algo iba mal. Gritó, pero conforme lo hacía empezó a perder el conocimiento. Antes de hacerlo pensó con amargura que al menos sería la primera persona de la historia en morir durante un viaje en el tiempo.

Cuando Hank despertó no tenía ni idea de cuánto tiempo había transcurrido, ni siquiera sabía con certeza si seguía vivo. Miró a su alrededor. El interior de la máquina y todo su contenido seguía tal y como lo había dejado. Se lanzó contra el dispositivo de lectura y comprobó la fecha en la que se encontraba. Se le cortó la respiración. Si aquello era correcto todavía quedaban más de cien millones de años para que el primer Homo Sapiens pisara la tierra.

Avanzó hacia la puerta de la cámara y tocó el panel que activaba la apertura de ésta. Mientras la gruesa placa de acero comenzaba a moverse Hank pensó de súbito en qué frase sería la más adecuada para sellar aquel evento histórico. ¿Debía enfocar aquello como un éxito personal o como un avance de toda la humanidad? ¿Qué emoción quería transmitir a las generaciones venideras? ¿Qué...?

- ¡¿Qué demonios...?! -exclamó Hank de forma involuntaria. Los gritos de júbilo de una multitud le ensordecieron por completo. Todos ellos se encontraban sentados en las gradas de un enorme estadio circular capaz de albergar a cientos de miles de personas. Hank se encontraba en el centro de éste, mirándoles atónito. De los palcos colgaban pancartas gigantes con la frase que acababa de pronunciar en multitud de idiomas.

-Damas y caballeros, permítanme que les presente a Hank Debye, el primer viajero temporal - anunció una atractiva voz a través de la megafonía del edificio. Del techo del estadio comenzó a caer confeti, mientras todos los asistentes vitoreaban su nombre y le aplaudían. Un himno que no pudo reconocer comenzó a sonar, consiguiendo sacarle de su estado de shock.

Claramente se encontraba soñando o alucinando, no había otra explicación posible.

La voz del comentarista no le permitió continuar con su razonamiento. -Bueno, amigos, creo que es hora de dejar descansar al señor Debye. Recuerden que podrán verle de nuevo en la exposición 'Hank Debye: el hombre, el mito'. ¡Y no se olviden visitar la tienda del estadio donde encontrarán todo tipo de recuerdos de este momento! ¡Recuerden, es una oportunidad única en el tiempo!

La plataforma circular donde se encontraba Hank comenzó a descender, sumergiéndolo en el suelo del estadio. A partir de cierta profundidad, las paredes opacas del tubo se transformaron en otras de plástico transparente a través de las cuales se podía ver el exterior. Hank comprendió que el edificio se encontraba elevado unas decenas de metros respecto al suelo, al cual le estaba llevando aquella especie de ascensor. Allí abajo, rodeados por una espesa jungla, se encontraban varios edificios, entre los que ya comenzaba a circular una marabunta de gente. En el horizonte, un enorme pterodáctilo volaba en círculos en busca de algo que comer. Finalmente, la plataforma se sumergió en la construcción que ocupaba el centro del recinto, sumiendo a Hank en la oscuridad. Tras una última sacudida, el ascensor se detuvo por completo y una de las paredes del túnel cilíndrico se deslizó, permitiéndole asomarse al exterior. Se encontraba ahora en un lujoso despacho adornado en roble. Delante de él, un hombre sentado en una gran mesa ejecutiva le sonreía.

–Permítame que me presente, soy Horacio McGlee, presidente de TimeDreams Inc. –dijo en un inglés con un acento que Hank no pudo identificar–. Créame cuando le digo que soy su mayor fan –añadió mientras se levantaba para estrechar su mano con efusividad.

– ¿Dónde...? ¿Cuándo...? –consiguió balbucear–. ¡Oh, no tiene nada de qué preocuparse, está usted justo dónde y cuándo se proponía! –Respondió el ejecutivo entre risas–. Su viaje ha sido un éxito absoluto. Por eso estamos aquí, al fin y al cabo.

Hank tragó saliva y consiguió formular una frase completa – ¿Quiénes eran todas esas personas? ¿Qué hacen aquí todos ustedes? –Horacio parecía esperar aquella pregunta–. ¡Sus admiradores, por supuesto! Entiendo que está confundido señor Debye, pero me temo que tenemos un horario muy ajustado –el hombre extendió el brazo y miró su reloj–. El encuentro con las celebridades comenzará en menos de un minuto. Sígame –ordenó mientras abría la puerta del despacho y comenzaba a caminar por un pasillo.

– ¿Celebridades? –preguntó Hank mientras caminaba–. Sólo los personajes más influyentes nacidos entre el 2300 y el 3000 d. C. –exclamó su acompañante sonriente–. Apenas un centenar de personas, lo último que queremos es cansarle con presentaciones... Puede estar orgulloso, no se imagina el precio al que adquirieron estas entradas –un brillo de codicia apareció en los ojos del empresario–. De hecho, su paquete es el más popular dentro de los ofertados por mi empresa.

El hombre se volvió súbitamente al llegar a la puerta en la que terminaba el pasillo –Sonría, Sr. Debye, ¿queremos causar una buena impresión, verdad? –Hank tan sólo había logrado formar una mueca para cuando estaban cruzando el umbral.

Se encontraba en un enorme recinto completamente construido en cristal. La sala estaba bañada por una débil luz matinal. En el cielo, la luna todavía era visible, colosal debido a que se encontraba mucho más cerca de la tierra. Hank apenas tuvo tiempo de pensar que aquello era bonito antes de que le empujaran hacia la primera persona del grupo allí reunido.

La siguiente hora consistió en una serie de nombres y cargos que carecían de cualquier significado para él. Todos y cada uno de ellos comentaban lo honrados que se sentían de conocerle y alababan la infinidad de oportunidades que su invento había traído para la humanidad. Hank asentía y estrechaba sus manos de forma mecánica. El último hombre de la fila se presentó a sí mismo como el presidente de la Comisión Mundial de Control de la Explotación Temporal. –Ya nos conocemos, aunque usted todavía no lo sepa –comentó sonriéndose–. Estoy seguro de que usted es el primero que se da cuenta de la importancia de una institución como la que dirijo –afirmó en tono serio–. Imagínese qué ocurriría si permitiésemos viajar a la gente en el tiempo sin ningún tipo de control–. Hank no tuvo que ir muy lejos para conseguir una imagen de aquel escenario.

Una vez se hubieron alejado, Horacio murmuró que la única función de la institución era robar a los trabajadores humildes como él por medio de impuestos. –Si supiera lo que nos costó poder explotar su evento en exclusiva... –dijo con cara de rabia–. He tenido que hacer verdaderos malabarismos para conseguir un margen de beneficios aceptable.

Justo cuando Hank iba a preguntarle en qué consistía exactamente el trabajo de su empresa, el ejecutivo se excusó alegando tener mucho trabajo. –Hablaremos más tarde, en la comida de cierre del evento. Uno de mis asistentes le guiará a la exposición, estoy seguro de que le encantará. No dude en pedirle cualquier cosa que necesite–. Antes de que el hombre terminase la frase, Hank ya estaba siendo arrastrado en otra dirección.

Le introdujeron en un lujoso vehículo y lo trasladaron a través de las calles abarrotadas de curiosos. Hank observó que todos iban vestidos con un mono azul con la insignia de TeamDreams, lo cual, según el asistente, era para evitar el robo de la propiedad intelectual de las distintas épocas.

Una multitud esperaba a las puertas del museo dividida en dos largas filas a cada lado del edificio. Reconoció el título grabado en la jamba del edificio como el que había oído al presentador del estadio. Aquello era un espectáculo donde él sería la principal atracción, quizá incluso la única.

Bajó del coche y subió a grandes pasos las escaleras para alejarse del tumulto formado. Una vez hubo cruzado la puerta, sus ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse a la nueva iluminación. Se encontraba al inicio de un largo corredor ocupado por multitud de objetos. A ambos lados de éste, separados por una valla protectora, había dos cintas transportadoras que ya comenzaban a pasear a los asistentes. Su acompañante le informó que lo único que debía hacer era andar por la zona y, si quería, saludar al público. Añadió que tenía autorización para tocar cualquiera de los objetos expuestos y, de hecho, le animó a hacerlo.

A pocos pasos de la entrada se encontraba una gigantesca pantalla, que ahora iluminaba la cara de Hank. Portadas de diferentes periódicos aparecían para ser sustituidas a continuación por las de otros. "Científico norteamericano afirma haber construido la primera máquina del tiempo" anunciaba el en la edición correspondiente al día posterior a su partida. El titular iba acompañado *New York Times* de su foto y la de su centro de investigación. El resto de portadas tenían mensajes parecidos, si bien la mayoría en idiomas que no conocía.

Más adelante, distintas terminales mostraban todo tipo de reportajes y entrevistas de canales de todo el mundo. En una de ellas, él mismo trataba de llegar hasta el portal de su casa mientras le bañaban los flashes y las preguntas de una manada de periodistas. En otras, multitud de brillantes científicos y pensadores, a quienes Hank reconoció a primera vista, vertían sus opiniones sobre la noticia, la mayoría de ellas de abierta incredulidad.

A continuación estaban expuestos los frutos de su éxito. Conferencias, premios, homenajes...

La cara de Hank estaba por todos lados, si bien no demasiado sonriente. Un estante guardaba todo tipo de medallas y galardones correspondientes a casi todos los campos de la ciencia. En un hueco central, la dorada efigie de Alfred Nobel miraba al infinito. La expresión de Hank era tan impasible como la suya.

Siguió hasta un atril donde descansaba un libro de tapas azules. Varios focos lo iluminaban desde todos los ángulos, dándole un carácter casi divino. Hank no se sorprendió de ser su autor, pese a que era la primera vez que leía su título, "Principios del viaje temporal". Un rápido vistazo le permitió reconocer en sus páginas algunas de las fórmulas más conocidas de la mecánica cuántica, junto con otras deducidas por él y sus colegas durante sus años de trabajo. A aquella primera edición le acompañaban todas las que la debieron suceder. Con cada nuevo ejemplar el libro iba engordando y Hank iba pasando de ser su autor principal, a tan sólo su editor y, finalmente, a aparecer en las dedicatorias. Para el décimo libro de la fila no era capaz siquiera de reconocer las variables de las ecuaciones consideradas básicas por sus autores. A partir del décimo quinto dejó de molestarse ni en mirarlos.

Conforme se acercaba al final del recinto empezó a verse rodeado por maquetas gigantes de distintos modelos de máquinas del tiempo, que hacían escapar expresiones de asombro a los visitantes. Los pequeños prototipos iniciales dejaron paso a enormes naves con capacidad para miles de personas con un evidente carácter comercial. A sus pies, pequeñas placas de plástico indicaban la compañía fabricante y el nombre del modelo. Así mismo incluían distintas especificaciones de carácter técnico que Hank era incapaz de comprender. Hank se detuvo al ver lo que se encontraba ante la salida del museo. Su máquina del tiempo parecía poco menos primitiva que un carruaje comparada con los prodigios tecnológicos que la habían precedido, pero aun así sonrió al verla. Instintivamente alargó la mano para acariciarla, pero la retiró al sentir el cálido tacto del plástico. Una placa próxima le confirmó que no era más que una réplica de la original. Hank se derrumbó en una silla cercana y hundió la cabeza entre sus manos.

Permaneció en esa posición durante las siguientes horas. Delante de él la gente se agolpaba para tener la oportunidad de observarlo durante unos segundos más. Muchos de ellos habían sustituido sus

monos por ropa de recuerdo adquirida, supuso, en alguna tienda cercana. Multitud de manos se alzaban en forma de saludo, mientras sus dueños le observaban con la misma cara que Hank supuso que emplearía para mirar a un cavernícola dentro de una jaula. De vez en cuando, maestras avergonzadas mandaban guardar silencio a grupos de niños obviamente aburridos por el espectáculo.

El asiento del vehículo de regreso al edificio central le llegó a Hank como una liberación. No podía decir si quería o no oír las respuestas de Horacio McGlee sobre lo que estaba ocurriendo; pero como mínimo aquello significaba que, tras la comida, aquella pesadilla terminaría. Una vez el coche hubo llegado a su destino, el sonriente presidente de TimeDreams le abrió la puerta y le ayudó a salir.

Le condujo de nuevo al salón de cristal donde, en largas mesas, los invitados ya habían comenzado a comer. Frank los reconoció como aquellos a los que había saludado unas horas antes. El ejecutivo le condujo a la mesa de honor, donde ambos se sentaron mientras varios camareros comenzaban a traer diversos platos.

–Dom Pérignon de 2.000 años, le aseguro que no hay en el mundo nada mejor –dijo el empresario mientras le descorchaban una botella–. Pruebe la carne de triceratops, no se arrepentirá –Hank miró el plato y negó con la cabeza quedamente–. ¿No? Una pena... – murmuró Horacio.

–Créame que le entiendo. Todo esto así de golpe; no me gustaría estar en su pellejo. Pero le aseguro que no hubo otro modo de organizarlo, disponemos de un tiempo muy limitado –el hombre vació su copa de un trago y pidió rápidamente que se la rellenaran–. Además, es importante darle al público una experiencia real, ¿no cree? Pero no se preocupe, durante la próxima hora soy todo suyo.

–Un hombre como usted ya se lo habrá imaginado, pero mi compañía se dedica al turismo temporal. Me viene de familia supongo, mis padres se enamoraron en la Roma Clásica, de ahí mi nombre. Nuestro trabajo consiste en fletar cargueros temporales que transportan a personas a una determinada época o evento de interés. Una vez allí, por supuesto, nos encargamos de que dispongan de todas las comodidades necesarias y de que puedan visitar los lugares más emblemáticos sin llamar la atención.

–Es cierto que de vez en cuando se produce algún accidente, he de admitir que algunos mitos deben haberse originado por viajeros temporales que consiguieron llevar consigo algún aparato de su época. Pero le aseguro que nos tomamos nuestro trabajo muy en serio y procuramos no dejar ningún rastro. No queremos ningún gato gordo a causa de los restos del almuerzo de un turista, ¿verdad? –al decir esto Horacio le dedicó una mirada de complicidad.

–En su caso hemos intentado explorar un concepto nuevo. Hacer al espectador parte del evento histórico en sí. Y me enorgullece decir que ha sido todo un éxito. Al evento han acudido pasajeros nacidos hasta un milenio después de cuando creamos el paquete. Hemos revolucionado el mercado y no me cabe ninguna duda de que se abre una edad de oro para mi negocio –la codicia volvía a inundar sus ojos–. Por supuesto, el progreso siempre se ve estorbado por las mentes menos agraciadas, usted sabe eso mejor que nadie –Hank decidió ahorrarse lo que pensaba sobre el “progreso” del Sr. McGlee–. La Comisión Mundial de Control de la Explotación Temporal no ha parado de ponernos pegas. Si no fuera porque tengo amigos influyentes, probablemente hubiese sido necesario esperar cientos de años para que alguien ofreciese un servicio parecido a éste...

– ¿Puedo marcharme ya? –Preguntó repentinamente Hank–. ¿Tan pronto? ¡Si la celebración apenas ha comenzado! ¡Y todavía queda la ceremonia de clausura! –un gesto de disgusto marcaba la cara de Horacio–. Deme mi máquina. ¡Ahora! –ordenó Hank con un gesto de rabia.

– ¿Su máquina? –Aquello lo había pillado por sorpresa–. ¡Oh, no, no, no! Usted no volverá como llegó, ¡de ningún modo! Su prototipo es... brillante, no me malinterprete; pero carece de todos los estándares de seguridad necesarios para un viaje de tan largo recorrido. No sabe en el peligro en que se ha puesto, Sr. Debye, aunque por supuesto no puedo quejarme. Es toda esa romántica historia de aventuras lo que ha cautivado al público–. La sonrisa de Horacio apenas cabía en su rostro.

–Nosotros nos encargaremos de que la máquina vuelva a su laboratorio, no se preocupe por ello – Horacio se acercó y le miró a los ojos–. En cuanto a usted, me alegra decirle que he conseguido que vuelva a su época por medio de un vehículo espacio-temporal personal. Nuestros inversores querían que una de las barcazas le dejara de paso, pero yo dije que era impensable tratar a alguien de su categoría de ese modo. Es un gasto importante, pero...

Hank descargó su puño contra la cara del hombre y notó cómo su nariz cedía bajo la fuerza. Intentó lanzarse contra él mientras caía al suelo, pero dos guardias de seguridad le sujetaron de los brazos. Horacio McGlee se volvió hacia él cubriéndose la nariz. Su cara se encontraba cubierta de sangre. – ¡Devuélvame mi máquina! ¡Deme mi maldita máquina! –sin notar lo Hank había comenzado a llorar.

– ¿Pero quién se ha creído que es? ¡Sepa usted que me debe la vida, maldito lunático! ¡Si no hubiésemos construido la plataforma en la que apareció habría caído desde 50 m de altura y usted y ese pedazo de chatarra serían hamburguesas para dinosaurios! ¡Parece que el genio no consideró que los valles se rellenan con sedimentos a lo largo del tiempo! ¡Todo su éxito me lo debe a mí!

– ¡Ojalá hubiera ocurrido! ¡Jamás hubiese creado mi máquina de haber sabido lo que hombres como usted harían con ella! ¡Yo jamás le pedí que hiciera nada de esto! –Horacio le miró extrañado y replicó– . ¡Pues claro que...!

–Es suficiente, Horacio –dijo una voz detrás del Sr. McGlee. Hank levantó la cabeza para ver al hombre que acababa de hablar. Iba vestido con un elegante traje del cual colgaba una placa de plástico que lo señalaba como invitado de honor. Con una mano se apoyaba en un bastón tallado en caoba, mientras que con la otra sujetaba un habano a medio fumar. Llevaba el canoso pelo impecablemente arreglado, de modo que apenas se notaba su incipiente calvicie. Su rostro, aunque se encontraba notablemente afectado por el paso de los años, resultaba familiar a Hank. Al fin y al cabo era el suyo.

El señor Hank Debye se miró a los ojos, dio una calada a su cigarro y dijo con una media sonrisa –Sé lo que estás pensando...

Pablo Sampedro Ruiz

Relato ganador del primer premio

VII Edición del Concurso de Relato Corto de Terror, Fantasía y Ciencia-Ficción

Asociaciones UCM: ASCII, Relatividad, GREBAS, Númenor, AEIOU, La Salamanca del Círculo Polar